

# El discurso femenino en la poesía cubana: Mirta Aguirre y Fina García Marruz

**Mercedes Santos Moray**

*Escritora. Periódico Trabajadores.*

Nadie se llame a engaño con las poetas cubanas. La de ellas no es una escritura marginal, sino marginada en nuestra historiografía literaria e insuficientemente valorada por nuestra crítica. Muchas de las voces mayores de nuestra lírica son mujeres. Véase, entre románticos y modernistas, las sensibles cuerdas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana y Juana Borrero; y en esta centuria nuestra, próxima a concluir, de un «posmodernismo» —el literario— a otro «posmodernismo», se ramifica el discurso de poetas del calibre de María Villar Buceta, Mirta Aguirre, Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, Carilda Oliver Labra y Rafaela Chacón Nardi, por solo mencionar aquellas que podemos, con legítimo orgullo, considerar la máxima expresión de una lírica femenina que tiene, entre sus iguales y como compañeros de viaje, a Juan Clemente Zenea, José Jacinto Milanés, Julián del Casal y José Martí; a José Lezama Lima, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Félix Pita Rodríguez, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Eugenio Florit, Cintio Vitier *et al.*

¿Qué elementos caracterizan, sustancialmente, este discurso? La *inteligencia*, la *sensibilidad* y la *cultura*, como pivotes de un lenguaje que se apropia el mundo sin renunciar, nunca, a su propia condición de mujer.

Porque nuestras poetas no asumen el discurso masculino: dicen desde ellas mismas. Y eso es lo que enriquece el perfil de las letras cubanas y define, desde su especificidad, esta otra mitad del género humano que también se expresa como *sujeto* lírico en Cuba.

Verdad de Pero Grullo es afirmar que la expresión poética es la manera por excelencia del decir del cubano y de la cubana. Este es un archipiélago que da poetas como palmas desde el lirismo de su propia insularidad. Por eso —y no porque sea el género o la función que pueda surgir de la cotidianidad a vuela pluma, sino porque se nutre la pupila con la esencia de la poesía—, es que entre nosotras y nosotros, ya en prosa, ya en verso, cabalga la lírica en su abundancia. Es la forma natural que tenemos para apropiarnos del mundo, para apelar a la comunicación y al diálogo en el universo contradictorio y siempre plural de la especie humana.

En este discurso femenino también se manifiesta la diversidad ideológica que ha caracterizado, felizmente, a nuestra lírica, amén de la diferencia estilística y de las múltiples corrientes estéticas que lo transitan —para enriquecimiento de nuestra cultura— en un proceso de madurez intelectual que hace más plena a la literatura cubana.

Dos mujeres, al parecer distintas —Mirta Aguirre Carreras y Fina García Marruz— nos revelan esas circunstancias desde la almendra de una poética que en ellas, como en nuestras más puras voces, responde a un sentido de autenticidad que no desdice con la palabra lo que es, también, obra de vida. Una comunista, como Mirta, y una católica, como Fina, nos revelan con sus miradas el lenguaje de la mujer de este siglo desde la intimidad del sujeto que, en ocasiones, trasciende el ego individual para asumir la polifonía de lo colectivo, por razón de fe y/o de principios. Pero este rasgo no mutila ni restringe el amplio registro de una mujer que hace del verso y también de la prosa poética —sin olvidar que ambas cultivan la reflexión y nos han legado páginas del más cuajado ensayismo y de la crítica— vías de la lírica, para adentrarse en los distintos temas que les impone la vida no solo como provocación externa, sino como íntima necesidad subjetiva.

La inteligencia y la sensibilidad de cada una de estas poetisas, la inquietud intelectual, como persona, como ser pensante que se inserta y se realiza en el mundo y no huye de él, condujeron a Mirta Aguirre y a Fina García Marruz a explorar corrientes filosóficas y literarias, al ejercicio del criterio que lleva implícito toda selección y toda valoración, para al tiempo que enriquecían su individualidad enriquecer las nuestras, las de sus potenciales lectores, e integrar la expresión poética al flujo de conciencia donde la mujer no es un ser pasivo que se mantiene al margen, sino una plenitud consciente que se manifiesta, voluntariamente, y decide ser para sí, única vía posible de ser para los otros.

Si habláramos de intertextualidad en la obra de ambas poetisas, no vacilaría en afirmar que, en su máxima intensidad —donde el texto referido no es un verso ni siquiera un libro de versos, sino la sustancia estructural que entrega todo un espíritu—, Sor Juana Inés de la Cruz sería el fondo de referencia de Mirta Aguirre, como en Santa Teresa encontraría Fina su fuente nutricia. Dos mujeres, clásicas de nuestra lengua, la mexicana y la castellana, alientan en la esencia del *corpus* literario de las poetisas cubanas. Hay voluntad y estilo, de tal naturaleza existencial, que la fiebre de la jerónima y de la carmelita transitan por las páginas de las dos como en los días del Virreinato de la Nueva España y de la fundación que naciera en Avila, a lomo de mula, para llegar hasta el cénit con la doctora angélica.

En Mirta y en Fina, además, y como hijas de esta tierra —raíz de su poética que siempre tiene de semilla su cubanía—, hay también la voz de un varón que nunca marginó a la hembra, de aquel que nos nutre por igual, con su excelencia, a los cubanos y a las cubanas. Me refiero a José Martí. Ambas lo evocan, en lo ético y en lo estético, para entregarnos la apropiación renovada de la Patria, que es siempre en ellas obra de amor y que —desde su afectividad, por los vasos comunicantes de los sentidos y la emoción— nace desde lo primigenio, al parecer de lo más inocente, donde el heroísmo no tiene reflejo grandilocuente, sino que llega desde su ánima con la orgánica expresión de lo sencillo y que puede ser un

paisaje, el color azul de nuestros pueblos, la voz de un niño, alguna melodía, que luego vendrá a nutrir el ritmo interior de sus versos.

Si el tono íntimo habla en la poesía de Fina García Marruz y este se desborda en la plenitud de una religiosidad auténtica, si el amor en su lírica es obra de fe, rasgos que compartirá con otros origenistas, en la poesía de la Aguirre está la eclosión de la luz —rota la penumbra de la noche— y la manifestación intrínseca del proceso ideológico (no solo de su referente político), cuando la voz de la mujer se abre a la diversidad temática que se extiende desde el amor individual, el flujo y reflujo de las parejas humanas, hasta el discurso anunciatorio de una militancia de la que nunca se reniega. Pero es en la impronta existencial, sí, lo que no es igual epistemológicamente a existencialismo, donde esta mujer palpita con vehemencia y alcanza la totalidad, sin mimetismos ni falacias. Como también en lo formal, recrea y asimila las combinaciones estróficas de nuestra lengua, usadas en el Medioevo, el Renacimiento y el Barroco, para decir los temas de nuestra época.

En la poesía editada de Mirta Aguirre, en lo que conocemos de su obra lírica —sabemos que hay más de un volumen lamentablemente no publicado todavía que podría enriquecernos y negar ese aparente mutismo suyo—, sobresale esa feminidad, la pasión que lleva a esta poeta a establecer comunicación sobre la base de la igualdad y no de la complacencia, con otras voces mayores de las letras hispánicas, de quienes fueron sus coetáneos. Y pienso en el Neruda de las *Residencias*, o en el Vallejo de los *Poemas humanos* y siempre en el bardo que trascendió al folclorismo y revolucionó su propio verso: en el Lorca de *Poeta en Nueva York*. Sin asumir el surrealismo como opción estética, sí están los códigos metafóricos de las vanguardias artísticas de nuestra centuria en el decir poético de la Aguirre; y, sobre todo, en esa cuerda erótica que no ha tenido el merecido estudio y divulgación, el conocimiento y el aplauso, corrida sobre Mirta la sombra de su notoria condición política que opacó su nombre poético.

Los desagradecidos solo ven las manchas del sol y olvidan cómo este los calienta. Ingratos seríamos nosotros y nosotras (para decir con perspectiva de género) si no hiciéramos justicia a la obra que Mirta y Fina nos han regalado para elevar la voz de la mujer a su plena madurez expresiva en las letras de este país. Esa que las llevó a ganarse, con su laborioso y también silencioso trabajo, el lugar que les pertenece en nuestra historia literaria, donde ni la Aguirre ni la García Marruz son segundas de nadie.

El discurso femenino en la poesía cubana contemporánea ha alcanzado, precisamente gracias a estas poetisas, un nivel de profesionalismo en cuanto a expresión artística, que resulta en verdad retador para cualquier otra poeta nuestra transitar una senda tan bien labrada. Sin información, sin cultura auténticamente asimilada y sometida al ejercicio de la crítica, en su apropiación efectiva más allá de las poses de lo circunstancial y epidérmico, no es posible ir al diálogo

con los hombres en el campo de la poesía cubana, no como antagonistas, sino como nuestros iguales. Mirta lo demostró cuando asumió como suyo el legado de los Siglos de Oro y se nutrió de don Francisco de Quevedo, cuando bebió las fuentes de sus coetáneos hispánicos —véase a Federico García Lorca y a Rafael Alberti—, cuando fue a buscar aquellos ríos perdidos de Jorge Manrique y se hundió en las aguas que bañaron a Gonzalo de Berceo y a Garcilaso de la Vega. Fina lo dejó explícito en su íntimo encuentro con San Juan de la Cruz y Teresa de Avila, con Antonio Machado y Miguel de Unamuno, con la poesía de expresión inglesa, del mismo modo que nos mostró el acento desgarrado tan próximo a León Felipe. Mujeres inteligentes y sensibles, pero no legas. Sino cultísimas, como Tula y como Luisa y como Juana. Esta es también una lección del buen decir del discurso femenino en la poesía cubana que nace del talento, es cierto; pero no de la improvisación ni de la ignorancia.

Extremo es el pudor de una mujer, incluso cuando aparenta agresividad como Mirta Aguirre. Extrema es la fortaleza de una mujer, incluso cuando parece frágil como Fina García Marruz. Hay un reclamo de *eticidad*, una modestia genuina en el discurso de estas dos mujeres, una proverbial honradez que a veces nos aturde, como cuando tratan de impedir, al no entregar sus textos a la imprenta, que se les conozca y (re)conozca como lo que son: voces mayores de la lírica cubana de todos los tiempos. Desde *Presencia interior* (1938) —sin olvidar su antológica pieza para la niñez: *Juegos y otros poemas*, y esa «Canción antigua al Che Guevara»—, Mirta guardó para sí su producción poética que luego, previa selección personalísima, nos mostró junto a su prosa en el volumen *Ayer de hoy* (1980), editado poco antes de su fallecimiento. Fina estuvo diecisiete años para dejarnos leer sus *Visitaciones* (1970), desde el silencio que nos (se) impuso tras la edición de *Las miradas perdidas*, porque también ese rasgo de elevada autoexigencia (no de superficialidad), caracteriza a la poeta cubana. Este país, este pueblo tiene dos premios Cervantes. Un hombre singularmente universal como Alejo Carpentier, y una poeta y narradora: la autora de *Jardín*, esa sensibilidad que es Dulce María Loynaz. Pero creo que, gracias a la obra de sus poetas —y pienso, de estar aún entre nosotros, en José Lezama Lima, y en la propia Fina García Marruz—, mereceríamos contar con otros lauros cervantinos e, incluso, hasta con un Nobel. Sé que Fina se llenará no solo de rubor, sino de asombro por mi afirmación.

¿Por qué, entonces, en la historia literaria se reconoce con reticencia este discurso femenino? ¿Por qué cuesta tanto trabajo reconocer la existencia de esta poesía escrita por mujer y desde la óptica de mujer, cuando se habla de Poesía cubana con mayúscula? ¿Por qué solo se reconocía en Mirta a la ensayista, a la mejor crítica del mejor poema al General de las cañas (su estudio sobre la «Elegía a Jesús Menéndez» de Nicolás Guillén), y no se hablaba de su lírica, particularmente luminosa en la cuerda amorosa? ¿Por qué para algunos ha sido necesario

que mueran Lezama y Eliseo para reparar que, junto a Cintio, con igual amor y laboriosidad está Fina? La marginación no está en el discurso de las mujeres sino en la crítica, en la historia y en los estudios literarios que se han producido en Cuba, tanto por mujeres como por hombres, salvo honrosísimas excepciones —valga mencionar, entre otros, a Jorge Luis Arcos y a Luisa Campuzano. Tal marginación puede rastrearse hasta en la propia concepción de los programas de estudio de nuestra enseñanza de la literatura, incluso en los medios universitarios, y en el discurso oficial sobre las letras nacionales. A ninguna poeta cubana, ni en el pasado siglo ni en el presente, hay que perdonarle la vida. Y puedo afirmarlo con vehemencia porque entre las mujeres que escriben en Cuba, amén de talento hay corazón y valor, mucho valor; porque en la semilla de este discurso de mujer hay una fibra de sensibilidad donde la belleza, martianamente hablando, siempre está al lado de la bondad y del amor, en el discurso por la vida.

Y Martí no es un referente, para los textos de Mirta y de Fina, que surja de la casualidad o sea producto del chovinismo que obnubila e impide el juicio crítico. Es referencia consustancial que ambas asimilaron como raíz no para un dogma, sino para una creación poética que tomó cuerpo en libros y también en hijos de sangre y vocación, que se han nutrido en la enseñanza de Mirta y de Fina, dentro y fuera de los claustros, en el anchuroso diálogo del existir donde, también, estas poetas han escrito —esta vez sobre los cuerpos y las mentes de generaciones de cubanos y de cubanas—, la mejor poesía.

Búsqueda de las esencias y no de la apariencia de las cosas y de los seres, animados e inanimados, por la vía de la emoción, de los sentidos y de la fe, pureza de la lengua que nace del conocimiento profundo del idioma, bebido en las fuentes clásicas y enriquecido por voluntad de estilo en puja de amorosa entrega, trascendencia de lo existencial, mesura en lo político sin caer en el panfleto, más fuerte el acento y la presencia más reiterada, —por su ideología y militancia políticas— en Mirta, pero no ausente en Fina, en ambas por la común sensibilidad; como se evidenció ante la caída de Ernesto Guevara, cuando Mirta traspoló el mito, la leyenda del Che, a las formas expresivas de la canción antigua e hizo gala de oficio poético, y Fina nos dio un verdadero oratorio de aliento bíblico, digno de los Salmos. Acercamientos no externos, sino íntimos; reflexivos, pero no carentes de emotividad, para entregarnos dos de los poemas más límpidos que se hayan escrito en nuestro idioma sobre el héroe que cayó por amor.

Como presencia interior y en las visitaciones de ambas líricas, está la relación amorosa, el tema del amor humano, que alcanzará en Mirta Aguirre el desbordamiento de la pasión, la apelación a los sentidos, la presencia del deseo y del sexo desde la impronta inmediata de su carnalidad, sin olvidar las zonas de la espiritualidad afectiva de la persona; y en Fina será espacio transido de amor filial, vínculo de las almas, reconciliación infinita que nos conduce a Dios y nos remonta al recuerdo y a la memoria desde los brotes de

**¿Por qué en la historia literaria se reconoce con reticencia este discurso femenino? ¿Por qué cuesta tanto trabajo reconocer la existencia de esta poesía escrita por mujer y desde la óptica de mujer, cuando se habla de Poesía cubana con mayúscula?**

la ternura íntima; y que en ambas se abre, con igual fervor, desde la fe, asumida esta en su individualidad, por la vía de la religión o de una eticidad de proyección social; se abre cauce al amor a la Patria y al hacer de Cuba, como en Martí, un espacio donde todos podemos comulgar, ser y existir.

Discurso femenino que pulsa la rima y el verso libre, pero que late desde el ritmo interior como su aliento natural, que puede ser breve como el vuelo de una paloma o el canto de un sinsonte, en tono menor, recuerdo de la infancia, tránsito a la adolescencia y a la plenitud de una mujer que se descubre en diálogo con el mundo, no ajena a las contradicciones, a las turbaciones y a las complejas dubitaciones del mundo porque ni en su intimidad hay egoísmo, sino un darse que habla de filiación cristiana, como en Fina, o de hallazgo esperanzador entre las propias filas de la especie humana, como en Mirta. Poesía esta que no se consume entre las cuitas personales, aunque no las desdeña, y que tiene resonancias plurales para cualquier lector, ya sea mujer u hombre.

En las filas de *Orígenes* o entre las páginas de *Hoy* sobresalieron Fina García Marruz y Mirta Aguirre. No como el pequeño cordero que se suma al rebaño, mansamente, para no perder el pasto tierno y el agua del arroyo, sino como voces con autoridad, con gesto y palabra definidos desde el semillero de la propia individualidad. Quienes las conocieron entonces y fueron sus amigos y compañeros de promoción sintieron que a la izquierda de Dios —o del milagro de la poesía o de la Revolución que ayer parecía solo una tesis—, estas mujeres florecían con versos e ideas orgánicamente elaborados, no miméticos ni tomados en préstamo de nadie.

Y es que en la poesía cubana el discurso femenino ha ido singularizándose y venciendo escollos, no pequeños por cierto, desde una programática que ha sido, también, constantemente infeliz para la mujer. Pero esta ha sido transgresora de tales parámetros, y ha asumido, conscientemente, la doble tarea de adquirir su libertad y de contribuir a que el hombre también sea más libre a su lado; ganándose el espacio no como un don que se recibe mansamente, sino como fruto que se obtiene del trabajo, del esfuerzo, del sacrificio y de los desgarramientos.

En contrapunto con Pablo Neruda, con López Velarde, con César Vallejo, la Aguirre fue armando el cuerpo de su presencia, entre la insolencia y la incertidumbre, pero dueña de su yo a cualquier precio;

sin miedo a la soledad ni al desamparo, reafirmando su ética, su verdad profunda «*malgré tout*». Desde el sueño y la esperanza, escalones que se prestan al amor, Mirta asumió la poesía como lo hizo aquella chilena universal que tomó el nombre de un arcángel: Gabriela Mistral.

Fina, desde la intimidad de su palabra, como si palpara con el gesto los acentos profundos, buscó con mirada de mujer el orden y la armonía, y con la ayuda del amor y de Dios enderezó la ruta igual que los Apóstoles, o mejor dicho, tras la Virgen; como Marta y María descubrió en la pobreza y la humildad, en la sencillez, aquel decir sapientísimo del Verbo. En los hijos, en la madre, en las tías, en los seres cercanos y lejanos vio que el universo era infinito y que el amor era la fuerza que necesitaba para hacer de su fragilidad el escudo y por la vía de lo poético ir, a su manera, a contribuir a la felicidad de la persona humana que en ella encontró resonancia, desde su finitud, y le dio la sensibilidad de su perfil de mujer, no exento de meditaciones y razones; pero siempre cuajado de amor y de fe. Quizá sea esta mujer, dentro de la generación que en Cuba alabamos como los origenistas, el agua más profunda, la tierra misma, elementos primarios que nutren las cosmogonías en todos los lenguajes y en todas las civilizaciones.

La muerte, ese tema inexcusable que aparece en toda la poesía, también encuentra eco en este discurso. Pero la muerte no impone miedo a la mujer. Se la conoce y reconoce, se la recibe y se la acepta como a la luz. Así lo hará Fina García Marruz en sus versos y en su prosa poética que es fe de vida, como en Dulce María Loynaz cuando nos lleva a transitar por sus jardines, dueños de un fantasear tan fabuloso que los nombres son los que crean a las cosas a la manera de Platón.

La muerte puede ser también la despedida, el milagro en el que no se cree, como el desamor desde la piel herida y el dolor con que se asume la experiencia, como sucedió en el discurso de Mirta Aguirre. Pero también puede ser la agresión externa, la irracional presencia de la barbarie que es la guerra, donde los niños pueden caer entre lápices y crayolas bajo las hordas nazis. Y la mujer, la poeta, demanda en eco de resonancia universal la condena del hombre y de la mujer, de todos los pobladores de la tierra, porque entonces la poesía es reclamo y es grito y es violencia en una poeta, como la Aguirre, en quien la pasión es la cuerda más sensible y también la más cálida.

En la poesía cubana, y en el discurso femenino, la muerte es compañía habitual, no un fenómeno que externamente se aproxima. Desde la propia entraña,

como el reflujo de las mareas que nos alimentan desde nuestra propia naturaleza de mujer, la muerte es entre nosotras obra de vida y así se asume, para darnos algo que trasciende el tópico de la lírica; aquella que nos viene desde nuestras raíces hispánicas como la gran igualadora, y la recibimos y jugamos con ella, la desmenuzamos y la transformamos en el otro polo, en la otra cara que Janos oculta a la mirada necia, como la hoja de la yagruma. El humor nos salva, subrayado por la sutil ironía que en la mujer florece con belleza, y es la vida que vence y devora a la muerte, y se nutre de ella como reafirmación del amor; no es lo pueril del gesto o la vivencia personales, sino el cuerpo de una relación que es continua y sistemática, como una manifestación del propio ser, de la esencia de nuestra feminidad donde la ternura jamás desdice a la pasión y que se revela con vehemencia en Mirta y con esa galanura, —de igual intensidad, pero distinto matiz y tránsito— en Fina. Ellas abren la compuerta. En ambas está, así lo siento, la actitud de la Avellaneda, sobre todo la de las cartas y el diario íntimo, y la de aquellas elegías de Luisa Pérez y la ingenua pasión de Juana Borrero.

Estas dos mujeres, talentosas y sensibles, de singular inteligencia, como lo muestran sus obras en el entorno de la cultura y de las letras cubanas, también han despiezado otros géneros a los que han integrado la poesía; no porque ejerzan la función poética, sino porque el discurso poético establece los vasos comunicantes con el buen ensayismo, como lo hizo Unamuno y lo hizo Martí. Igual que el autor de «El Cristo de Velázquez» y que el hombre que dio a luz «Nuestra América», Fina García Marruz y Mirta Aguirre entroncan con esa característica de la poesía cubana que hace de sus mayores poetas también lúcidos prosistas en el horizonte reflexivo.

Los estudios e investigaciones de ambas, sus críticas y comentarios donde hay iguales intereses —por ejemplo, el cine, la plástica, la música, la literatura y, en particular, los temas martianos— nos llevan a medir el caudal de información, la avidez de miras e inquietudes de estas mujeres, elementos que irán a nutrir, ampliar y desarrollar su producción lírica y dotarán a esta de una variada intertextualidad, no solo en los marcos de nuestro idioma, sino en las referencias a las letras francesas e inglesas, y al vasto recinto donde se sustenta nuestra estética de fuentes judeocristianas. Esa cultura, transformada en obra de vida, será también fuente de enriquecimiento temático y potencialidad espiritual para este discurso que se eleva, como lo diría Sor Juana, desde la olla y el misal a la experimentación científica, a la polémica de los universales, a la insaciable búsqueda del conocimiento, y que abrió para la mujer en nuestra lengua, en nuestra América y también en Cuba, el sendero que va del encausto a la sangre y que pobló los sueños y las moradas de Teresa, aquella cristiana nueva, semita de origen, que nos llevó al místico camino de la perfección.

Cómo pensar entonces que el discurso femenino en la poesía cubana del siglo xx pueda ser una zona marginal de nuestras letras. Cómo adoptar una actitud peyorativa ante la producción de tales mujeres. Cómo rebajar el intelecto ante la asombrosa expresión de una cultura que trasciende los límites insulares y habla, de tú por tú, con cualquier ser humano que habite sobre la tierra y sin miedo al ridículo. Poesía de esencia, de vuelo universal no por la mimesis, sino por la profunda estructura de su cubanía, desde los particulares que nos dan asidero en la existencia, es la que nos entregan Mirta Aguirre y Fina García Marruz. Y junto a ellas, y después de ellas, las mujeres que vienen, enriquecidas con sus lecciones, estimuladas por su experiencia y dotadas de igual aliento para luchar por su realización, por su expresión y por el reconocimiento que su obra merece.

Aunque mucho envidiemos a la adolescente tal tutoría, no vivimos los días de María Mantilla, a quien, con preocupación paterna escribía Martí, desde la tierra dominicana y con la Revolución en la manigua, las recomendaciones para que fuera no solo la mujer en sí que le dio la naturaleza, sino la mujer para sí que debía construirse para bregar sin miedo por su felicidad. Próximos a introducirnos en el tercer milenio, a concluir este complejísimo siglo que transformó en 1917 la faz de la tierra, y que hoy vive terribles e iracundas crisis —algunas soterradas como la lava en el vientre del volcán—, no podemos admitir, ni en tono de burla, que se ignore la presencia de un discurso femenino en las letras cubanas, y cómo este las ha enriquecido, con singular énfasis en el ámbito de la poesía.

La alegría, la añoranza, la nostalgia, la melancolía no son sutiles manifestaciones del alma de una mujer; son vivencias íntimas que recorren el espíritu de cualquier ser humano al margen de su sexo, pero que en la mujer encuentran tal pureza y tal intensidad que se transforman en vías de conocimiento y plenitud, en un lenguaje donde la pasión no es ajena a la ternura ni esta es pequeñez insólita que mutila a la personalidad. Las benditas sencilleces que descubriera Fina, las letanías del amor y el desamor que nos mostrara Mirta, son ángulos, planos múltiples de una espiritualidad y de una fineza expresivas que enriquecen el idioma y hacen de la poesía un diálogo por y para la belleza; lo que no excluye rasgos de violencia, desenfado, agresividad, dudas, escepticismo, ironía y dolor que también apelan al corazón humano y a las cuerdas del alma. Porque el discurso femenino en la poesía cubana no es producto de un ser solitario que escribe para sí, sino un desbordamiento que incita a superar monólogos y soliloquios para llegar a la comunicación, sin que esto quiera decir a la unanimidad donde todo es homogéneo y falaz.

Entre nosotros y entre nosotras, con la sapiencia del Chino viejo, y con la distancia que él tuvo (porque mucho nos quiso y más nos conoció), solemos ir de un extremo a otro;<sup>1</sup> y si a unos solemos darles la sal, a otros les negamos el agua (para nuestro propio perjuicio porque nos castramos y quedamos al aire para malvivir

con la mitad del cuerpo). Ir de un bandazo a otro es una maldición. Pero si las estrellas inclinan, no determinan; y existe, como lo dijo la propia Fina en un poema, la gracia de Dios que nos concedió, por extrema generosidad, el libre albedrío y nos permitió ser la única criatura viviente, creada por su mano, capaz de decidir su destino y de luchar por su libertad que es, también, realizar la propia individualidad.

Aquel chino al que hacía referencia, apodo cariñoso que le otorgamos los cubanos al Generalísimo Máximo Gómez, y cuya frase es siempre cita obligada para calmar la sed ante nuestros yerros, —como el águila martiana y el mar del camagüeyano Nicolás Guillén. Con tales textos de máxima potencialidad para nuestra historia literaria nos adentramos en la polémica sobre el discurso femenino en la poesía cubana, que tiene, como es lógico, sus cimas y sus simas, igual que el discurso masculino al que la historiografía mira con mayor benevolencia y asiduidad.

Pero la mujer cubana no se resigna al silencio. Y cuando lo utiliza, como a la pausa en el pentagrama musical, es para prepararse a la carga al machete, como aquella legendaria Ana Betancourt que escribió una página de intenso lirismo ante los asombrados congresistas de Guáimaro y del propio Carlos Manuel de Céspedes, cuando abogó por los derechos de la mujer ante la estructuración de la república, en la gestación de la nación cubana durante los días de la primera Guerra de Independencia. Y esta no es una extrapolación temática, sino el justo asidero de un espíritu, el que nutre a Mirta Aguirre y a Fina García Marruz y a las poetisas cubanas, como el toque de «La Bayamesa» en el 68, y las serenatas que recibía Luz Vázquez al pie de su ventana.

Si para escribir la historia de la literatura cubana hay que romper esquemas, que se rompan. Es hora de situar en su justo lugar a Mercedes Matamoros; adentrarnos en la complejidad de Gertrudis Gómez de Avellaneda, sin prejuicios; asumir los matices de la Virgen triste para verla como la igual de los Urbach y de su amado Julián del Casal; ver a Luisa Pérez con otros ojos, como a su hermana Julia; y de ir a otras voces escondidas, al parecer de tono menor, que nadie recoge, ni siquiera los textos historiográficos ni los diccionarios especializados y, mucho menos, tampoco nuestras editoriales.

Si para escribir la historia de las letras cubanas en la década crítica hay que dedicar espacio a María Villar Buceta junto a Juan Marinello, a José Zacarías Tallet y a sus congéneres; si el verso de amor no es ridículo; si la sexualidad no es un tabú del que nos hacemos esquinados cómplices *sotto voce*, para degustar en privado lo que criticamos en alta voz, y si es hermoso sentirla libre en la poesía de Carilda Oliver Labra y en la fineza de Rafaela Chacón, y recibirla sin prejuicios ni remilgos en los textos de Mirta Aguirre; si para hablar de Dulce María y Flor Loynaz no hay que silenciar a sus hermanos Carlos Manuel y Enrique, porque en verdad fueron como los cuatros puntos cardinales; y si para hablar de *Orígenes*

no hay que dejar en el silencio del cuarto a Cleve Solís, y para decir de Fina García Marruz no hay que ir a buscar la orquesta mozartiana, sino medirla, como a su igual, al autor de *Paradiso*, con todos los instrumentos que demanda Wagner; si para hablar con limpieza de alma y honestidad intelectual debemos vencer nuestros rezagos, la tendenciosidad que nos abruma y mutila, y dar el salto que nos permita beber, con igual placer, de las aguas de quienes publicaron en *Verbum*, *Espuela de plata*, *Nadie Parecía* y *La Gaceta del Caribe*, sin olvidar que la polémica enriquece cuando nace del respeto y de la inteligencia y no de la mala entraña o de la envidia; si queremos ser críticos e historiadores en buena ley, tenemos que vencer la miopía que nos impide ver y ser dueños de nosotros y de nosotras para grandeza de nuestra cultura y enriquecimiento de nuestro pueblo donde se ha de sumar lo que se escribe, con el amor a Cuba en el pecho, dentro y fuera de la Isla y que amplía el horizonte de este discurso poético femenino con otras experiencias, contradicciones, aciertos y desaciertos que nos permiten una pupila creadora para superar las manquedades impuestas por los dogmas.

En las revistas, en los periódicos, en las modestas tiradas de los *plaquettes*, en los libros editados en la capital y en las provincias, en las huellas perdidas de muchos nombres de mujeres y de hombres, está el horizonte de una expresión, la poesía, que entre los cubanos y las cubanas es el discurso por excelencia. Hay resonancias múltiples, etnias, creencias, ideas políticas, culturales, la riqueza de las diversas experiencias del ser humano, la pluralidad de la persona que se manifiesta en la más íntima y subjetiva de las funciones: la lírica.

Ni Mirta Aguirre ni Fina García Marruz son mujeres esquinadas. La amplitud de su mirada, la seguridad de sus principios, la firmeza de su voluntad se evidencia en su obra y, también, en sus juicios críticos. Ellas nos sirven de divisa, como la luz. Estar abiertos al mundo, al diálogo, es una lección moral. Y en esa vocación de fe ambas se inscriben. El discurso femenino en la poesía cubana, como también nuestras letras, en su totalidad, encuentra en estas dos poetisas mayores no solo dos de los máximos exponentes, voces de resonancia universal que nos trascienden, sino la expresión de una inteligencia dotada por la gracia, a la manera de San Pablo, por la iluminación, a la manera de San Agustín.

La Habana, 28 de enero de 1996.

## Notas

1. La autora se refiere a la frase «Los cubanos o no llegan o se pasan», atribuida a Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército mambí, durante la Guerra de Independencia. (N. del ed.)

© TEMAS, 1996.